

ANECDOTARIO MORAL

El cortesano, el rayo y el monje. ^a A los aristócratas.

En la corte del emperador era apreciado por sus conocimientos literarios, por la gracia de su conversación, y por sus modales aristocráticos. Aunque subdiácono, Norberto ^s se preocupaba más por las elegancias cortesanas que por asuntos de religión. Había que verle en las fiestas de palacio con el cabello perfumado, la cadena de oro al cuello y el manto de seda y arminó. Su presencia enloquecía ^{qu} a las damas, su ingenio le hacía brillar entre los magnates y su afabilidad le atraía el amor de todos. Esclavo del placer y prisionero de sus caprichos, se lanzaba por los caminos tortuosos de las alegrías del mundo, tirando a la vera los terrores del infierno, la belleza de la virtud y la promesa de una felicidad eterna, como cuentos de viejas ^o a fábulas mitológicas.

Acompañado de un criado, testigo de todas las travesuras, galopaba un día Norberto por una vasta llanura, cuando de repente ruge la tormenta, deshácense las nubes en cataratas de lluvia, las chispas cruzan el espacio, retumba el trueno con tal estrépito que tiembla la tierra y se encabrita el caballo: en medio de un estruendo horroroso, brilló una centella delante de mí, escribe Norberto, abrasando la hierba y penetrando a gran profundidad en el suelo; el susto derribó a mi caballo, y yo caí también sin sentido, y cuando al cabo de una hora pude volver en mí, todavía se notaba el olor a azufre que había dejado el rayo.

Desde aquella tormenta, Norberto fue un rígido asceta, un censor severo de placeres mundanales. Vendió su castillo señorial, distribuyó entre los pobres sus riquezas. Con los herejes que hubiesen sido juguete de impostores era bondadoso, pero tronaba con voz pro-